



## CAPÍTULO XI

(1820)

Estado próspero de los negocios á principios de este año.—Últimas acciones gloriosas dadas á los facciosos.—Número de combates trabados por las tropas del Rey desde la entrada del virrey Apodaca en el mando, y de los rebeldes acogidos al indulto.—Completa pacificación del reino, si se exceptúan algunas barrancas en el rumbo del Sur.—Males producidos por la malhadada constitución española.—Estado del ejército y de los demás ramos de la administración.—Empeño de algunos celosos realistas por derrocar dicho sistema liberal.—Juntas de la Profesa, de las que resultó un triunfo completo para los disidentes encubiertos por los mismos medios inventados para el primer objeto. —Nombramiento de Itúrbide para dar ejecución á aquellos planes.—Carácter y circunstancias de este revolucionario.—Su expedición contra las gavillas de Guerrero, refugiadas en Tierra Caliente. —Ocupación por él mismo de 700.000 pesos pertenecientes á los manilos.—Maniobras de este astuto insurgente con el citade Guerrero, precursoras de su abierta rebelión.

Ofrecía el reino de México á principios de 1820 la más halagüena perspectiva de que se había de disfrutar en él de todos los beneficios de la paz, comprada con diez años de padecimientos y sacrificios. El genio de la rebelión había sido sofocado por las acertadas disposiciones del virrey y por los esfuerzos de sus tropas. Sólo unas cortas gavillas, que más podían titularse de saltadores y bandidos, iban huyendo de sierra en sierra de la afortu-

nada espada de los realistas. Pocos fueron los encuentros que se recuerdan de esta época; los recorreremos, sin embargo, aunque sea con rapidez, para no dejar este vacío en la historia, y para que no queden olvidados los servicios de los dignos militares á los que fué confiado el encargo de completar la pacificación.

Los que tuvieron ocasión de distinguirse, principalmente en el mes de Enero, fueron el teniente coronel D. Dionisio Fernández, de la división de Valladolid, quien atacando con denodado espíritu en el puerto del Aguila al rebelde Magaña, logró matarle nueve hombres de su partida y cogerle 12 prisioneros con varias armas y caballos. También el coronel D. Hermenegildo Revuelta acreditó nuevamente su celo yendo en persecución de los Ortices, que se habían refugiado en la provincia de Nueva Galicia, causándoles pérdidas de consideración. El teniente coronel D. Manuel de Bezanilla se hizo igualmente recomendable por haber sabido limpiar enteramente de facciosos el distrito de Salvatierra y todas sus dependencias, recibiendo la entrega de las armas de los cabecillas Valentín Montes, Manuel Calderón y de otros varios.

Se hizo no menos acreedor á los públicos elogios el capitán de Zaragoza D. Juan Antonio Galindo, por el acierto de sus operaciones en su penosa correría, que duró desde fines de Diciembre hasta principios de Febrero, sobre la provincia de Guanajuato y rumbo del Sur, derrotando á los exánimes facciosos cuantas veces pudo llegar á las manos con ellos. El teniente coronel D. Ignacio Corral, dependiente de la división de Temascaltepec, se batió gloriosamente con los cabecillas Reinoso y padre Izquierdo, impidiendo su reunión con Guerrero y Montes de Oca, únicos jefes de algún influjo y opinión existentes en todo el reino de México, además de los cabecillas Asensio y Campos, quienes ejerciendo todavía sus sediciosos estragos por el rumbo del Sur con 300 indios y criollos, fueron batidos por el teniente co-

ronel D. Manuel Ignacio Baena, comandante de Alahuistlan, dejando más de 30 muertos delante de dicho punto, que tuvieron la osadía de atacar, habiéndose creado expresamente un escudo para los que hubieran tenido parte en tan bizarra defensa.

Entre los jefes que más señalaron su bravura en el mes de Febrero, merecen particular mención el ya citado teniente coronel D. Ignacio del Corral y el de igual clase D. José Fernández de Córdoba, derrotando al cabecilla Campos en el cerro de los Calabozos, distrito de Temascaltepec, causándole la pérdida de 30 muertos que quedaron en el campo de batalla, la de más de 100 caballos y mulas, con bastante número de armas, de que se apoderaron, é impidiendo con este oportuno golpe la reunión del citado Campos con la gavilla de Pedro Asensio.

El coronel D. Francisco de Orrantía adquirió nuevos títulos de recomendación pacificando tan completamente la provincia de Guanajuato, que los habitantes, y aun los indios por sí solos, se arrojaban con decidido valor sobre cualquiera cuadrilla que se presentaba en aquella demarcación, como lo verificaron con la de Rosas y otros insurgentes del rumbo de Santa Cruz, que fueron batidos con bastante pérdida.

El teniente coronel D. Carlos Moya defendió con la mayor firmeza el convoy de platas que custodiaba para Acapulco, sosteniendo en 21 del citado mes de Febrero una empeñada acción en el paraje del Agua del Perro contra 200 insurgentes, capitaneados por los cabecillas Alvarez, Mateo y el Chino, á los que puso en vergonzosa dispersión, matándoles 19 hombres y apoderándose de varias armas y caballos.

El capitán D. José María de Armijo, dependiente de la división del coronel Echávarri, sostuvo cuatro días antes otra acción no menos brillante en la ranchería de Tarétano sobre el rumbo del Sur contra Rafael Ramírez, alias el *Izucareño*, que había sido enviado por su jefe Vicente Guerrero á sorprender aquella partida realista y en busca

de víveres para sus campamentos. Habiendo reunido este cabecilla más de 100 hombres, luego que se le hubo incorporado el cabecilla Mondragón, se rompió el ataque contra los realistas, que escasamente llegaban á 60; pero, á pesar de esta desigualdad de fuerzas, fueron aquéllos bizarramente rechazados con bastante pérdida en muertos y prisioneros, habiéndose hallado entre estos últimos el citado Ramírez, que fué fusilado en el acto.

Presentado al indulto en esta época el temible insurgente Encarnación Ortiz, trató el virrey de comprometerlo más en el servicio por la buena causa, formando á sus órdenes una partida titulada de realistas para perseguir á los demás facciosos que todavía conservaban las armas en la mano. A su consecuencia fueron destruidas por las acertadas disposiciones del benemérito coronel Orrantía y recto desempeño del capitán Galindo, las gavillas de Bocanegra y Murillo, que hacían sus correrías por San Miguel el Grande y rumbo de Chamacuero, habiendo sido aprehendido el primero de dichos cabecillas por el esforzado teniente de realistas D. Juan de Dios Márquez, y habiéndose acogido el segundo al real indulto. El caudillo Reinoso había logrado sustraerse con la fuga al adverso destino que cupo á su compañero Murillo en la acción que trabaron con el coronel Orrantía; pero hostigado por las tropas del teniente coronel don Pedro Ruiz de Otaña, entregó en el mes de Marzo sus armas y las de varios de sus secuaces.

El teniente coronel D. Ramón Domínguez, dependiente de la sección del coronel Rafols, sostuvo en el mismo mes de Marzo una de las acciones más reñidas que recuerda la historia de este año. Con la fuerza de 60 hombres se dirigió á reconocer el punto del cerro de las Ánimas, la barranca de Tepehuaxtitlan, las orillas del río Ixtapan y otros varios puntos del distrito de Temascaltepec. Al llegar á los conocidos con el nombre de la *Goleta* se halló improvisamente con las gavillas del indomable Pedro Asensio, y aunque la fuerza de este cabecilla era incom-

parablemente mayor que la del jefe realista, no se excusó el ataque, al que se lanzaron los facciosos con el más ciego furor, haciendo un fuego vivísimo por el espacio de siete cuartos de hora; y si bien cedieron en esta primera tentativa, trabaron segundo combate á las pocas horas, redoblando su ardor y su decidido empeño. Mas haciendo prodigios de valor las tropas de Domínguez, tuvieron constantemente atada á su carro la fortuna, y obligaron á retirarse, con la mayor mengua, á los 180 hombres de que se componía la citada facción de Asensio, dejándose más de 50 muertos, y porción considerable de armas y pertrechos.

Fué asimismo digno de particular recomendación el choque que empeñó en la plaza de Tusantla el teniente coronel D. Liborio Borobia, con 42 infantes y 19 caballos, contra 400 facciosos capitaneados por el citado Asensio, padre Izquierdo, José Figueroa, Vicente Ponce, Telesforo de los Ríos, Serrano, Juan María Estrada, Agüero y otros. Los desesperados esfuerzos que hicieron estos rebeldes para apoderarse de dicha plaza se estrellaron en los firmes pechos de aquel puñado de valientes, en cuyo obsequio, y para perpetuar la memoria de su bizarría, fué creado un escudo de honor.

No se recuerdan más que dos acciones dadas en el mes de Abril á los rebeldes; pero ambas de la mayor importancia, por los rasgos de valentía que desplegaron en ellas los realistas, y por el descalabro de los enemigos. Fué sostenida la primera por el sargento mayor D. Juan Domínguez, comandante de la cuarta sección de Nueva Galicia, contra 300 infantes y 400 caballos capitaneados por varios cabecillas, y principalmente por Guzmán, en cuyas filas causó tan horribles estragos, que no bajó de 60 el número de muertos, y en igual proporción el de heridos, quedando asimismo en poder de los realistas una porción considerable de caballos y de armas blancas y de fuego. Aunque todavía se mantuvo la gavilla de Montes de Oca parapetada en un fortín, no fué menor el mé-

rito de la victoria, por el espantoso escarmiento que hizo Domínguez en aquellos forajidos.

La otra acción, que merece ocupar un lugar de preferencia en la presente historia, la dió el coronel Rafols, comandante de la división de Temascaltepec, á la chusma de Asensio, compuesta de 400 hombres situados en el cerro de la Rueda, poco distante de los Palmares, y reforzados sucesivamente con otros 100, al mando del ferroz Pablo Ocampo.

Era impenetrable el frente que presentaban los rebeldes desde su formidable posición; mas dirigiéndose los realistas, por la derecha, á tomar una altura que distaba tiro y medio de fusil de la ocupada por los facciosos, se introdujo en ellos un pánico terror, y, entregándose á la más vergonzosa fuga, se salvó la mayor parte por una barranca, si bien quedaron muchos sepultados en ella por las victoriosas tropas que habían salido en su persegui-miento, no siendo pocos los que perecieron en los varios choques que se trabaron antes de la citada dispersión.

Después de las mencionadas acciones, ya no se ven más que impotentes esfuerzos para arrastrar una precaria y penosa existencia los moribundos facciosos. Una gavilla de 300 de ellos, capitaneados por los cabecillas Miguel Avila, su hermano Andrés y Bernabé Padilla, fué derrotada, en el mes de Mayo, en la hacienda de Santa Efigenia, provincia de Valladolid, por el capitán D. Rafael Sáez, dependiente de la sección del teniente coronel don Miguel Francisco Barragán: 12 rebeldes muertos, incluso un capitán y dos alféreces, un prisionero y dos soldados realistas rescatados, 13 fusiles y carabinas, varias armas de corte, 29 caballos y más de 40 indultados, fueron el premio del valor desplegado por la citada columna.

Otra reunión de facciosos, mandados por Velázquez, Víctor Rosales, Dañesta y Marcelo Michel, sufrió asimismo un fuerte descalabro en la cañada de *Cinga*, provincia de Nueva Galicia, en el mismo mes de Mayo, por el esforzado empeño del capitán D. Mariano de la Madrid,

destacado de la columna del comandante D. Anastasio Brizuela, habiéndose contado entre los trofeos de aquel combate 22 muertos, muchos heridos, 4 prisioneros, 80 caballos y algunas armas.

Las gavillas de Bedoya y Gamiño, en número de 500 hombres, que hacían todavía sus correrías por la provincia de Valladolid en el mes de Junio, fueron batidas en las cercanías de Zinapécuaro con pérdida de 23 muertos, entre ellos el coronel Angón y el capitán Rodríguez. Este ilustre triunfo, tanto más recomendable cuanto que fué conseguido con fuerzas muy inferiores, costó, sin embargo, el sensible precio de la vida del comandante de realistas del citado punto de Zinapécuaro, D. José Calderón, y la de 10 soldados más que quedaron muertos en la refriega, de la que salieron otros 5 heridos de gravedad y 8 ligeramente.

La gavilla de Villarreal fué alcanzada en el mes de Junio al retirarse sobre Tierra Caliente, en el puesto de La Lejía, distrito de Tomendan y provincia de Valladolid, por la columna del teniente coronel D. José María Vargas; y aunque los facciosos se defendieron con furor y desesperación, murieron, sin embargo, 26 de ellos, se les hicieron 6 prisioneros, entre los cuales el mismo cabecilla Villarreal y los capitanes Gaona y Palma; fueron rescatados 24 prisioneros realistas y acabaron de ser destrozados los restantes de aquella partida por el alférez D. Mariano Villegas, que los fué persiguiendo por el espacio de legua y media.

Empero la empresa más brillante de esta época fué la que el teniente coronel D. José Antonio de Echávarri llevó á cabo en el día 30 del mismo mes de Junio sobre los rebeldes que ocupaban el cerro del puerto de Coyuca, en el rumbo del Sur. El obstinado Guerrero había adquirido algunas ventajas en sus últimas correrías sobre el cerro de Ajuchitlan, Tlapachuala y Coyuca, con el apoyo de Asensio, Campos y otros cabecillas que llamaban la atención simultáneamente por Cuautotitlan y Tlalchapa; y era

preciso, por lo tanto, dar un golpe decisivo á estas gavi-llas, que puede decirse eran ya las únicas capaces de dar algún cuidado á las tropas del Rey.

Encargado de esta operación el citado Echávarri por el comandante general de Valladolid D. Matías Aguirre, la principió con solos 40 dragones que le habian queda-do disponibles, y llegó con ellos á Coyuca, en donde supo que dicho Guerrero había tomado posición del in-accésible cerro del Puerto, que por hallarse entre el ci-tado pueblo y Ajuchitlan impedía la comunicaci3n con el comandante espa3ol de este último punto, D. José María Armijo; y averiguó asimismo que había colocado dos atrincheramientos en las márgenes del río que pasa por el pie del cerro, con los que protegía al pueblo de Tan-ganguato y el costado opuesto, en el que se habían situa-do igualmente 200 rebeldes al mando de un inglés y de los cabecillas Camilo y Melchor.

Era la posición de Echávarri la más crítica y apurada; pero su esforzado espíritu no se abatió en lo más mínimo, y se debió, por lo tanto, á su constancia y sufrimiento el triunfo completo que obtuvo sobre aquellas formidables masas. El citado capitán Armijo había hecho una inútil correría y se hallaba ya de regreso en el mencionado pueblo de Ajuchitlan, dispuesto á operar con 120 hom-bres en combinaci3n con Echávarri. El teniente de gra-naderos D. Ignacio Vitra llegó en 22 del mismo mes de Junio con otros 150 á reunirse con el mismo Coyuca. Aunque las fuerzas de estas tres columnas eran todavía muy inferiores, resolvió Echávarri, sin embargo, arrojar-se sobre el enemigo, esperando que la fortuna recompensa-ría pródigamente su confianza.

Se había fijado la marcha sobre el Puerto para el día 23; mas fué preciso diferirla hasta el día siguiente por la noche, en que se llevó á efecto á pesar de los fuertes aguaceros que habían sido causa de aquella deteni3n. Habiendo llegado en la siguiente mañana al frente de los atrincheramientos, tomó las más prontas disposiciones

para que fueran atacados, mientras que el mismo Echáv-  
rri ocupaba las alturas de la derecha á fin de proteger  
aquel movimiento. Habiéndose retirado los rebeldes pre-  
cipitadamente al fuerte apenas observaron aquellas ma-  
niobras, fué enviado Armijo á defender la única retirada  
que tenia el enemigo para la Sierra Madre, y dividió lo  
restante de su tropa en cuatro trozos para estrechar el  
sitio.

Ya el día 25 les había sido cortada el agua, cuya ven-  
taja habría bastado por sí sola para abatir el ánimo de los  
rebeldes, si los aguaceros que continuaron todavía en la  
misma noche no les hubieran proporcionado hacer algún  
acopio de ella. Seguía en el entretanto el jefe realista  
practicando toda clase de tentativas para vencer con la  
dulzura y con la oferta de un generoso indulto la indomi-  
tez de aquellos forajidos; mas viendo la inutilidad de sus  
esfuerzos, y deseoso de apoderarse con un pronto y atre-  
vido golpe de aquella posición, resolvió darle el asalto  
en la madrugada del 30.

Dispuestas con este fin algunas escalas, y venciendo  
los más terribles obstáculos, se aproximaron los realistas  
al ataque con noble intrepidez, despreciando los estragos  
de una furiosa borrasca, que parecía empeñada en con-  
trariar tan heroico empeño. Al hacer uso de las hachas  
para abrir aquel fragoso camino se alarmaron los faccio-  
sos, y rompieron el fuego, que fué contestado con ardor  
por los realistas. Ni éste, ni las gruesas piedras que arro-  
jaban aquéllos, ni todos cuantos obstáculos se ofrecían á  
la vista, debilitaron tan noble resolución, en cuyo feliz  
resultado estaba comprometido el honor de aquellas trop-  
pas. Haciendo, pues, prodigios de valor, y trepando de  
roca en roca con las armas á la espalda, llegaron al punto  
donde debían situarse las escalas, después de haber sos-  
tenido cuatro horas de fuego por escalones.

Empero lo que más desalentó á los rebeldes fué el im-  
petuoso ataque que les dió el capitán Galeana por la úni-  
ca puerta ó abertura de dicho cerro, por la cual entró

pisando cadáveres sacrificados por la bizarría de sus tropas. Ya desde este momento sólo trataron los insurgentes de ocultarse en las cavidades de aquellos peñascos, ó de arrojarse por ellos para sustraerse á la formidable espada de los vencedores. De este modo y á expensas de la vida y heridas de 21 realistas, cayó en poder de éstos el citado cerro, habiéndose contado entre sus trofeos la muerte de 37 facciosos, incluso el cabecilla Mondragón, dos capitanes y un teniente, la toma de seis prisioneros, tres cañones, 25 fusiles, porción de espadas y machetes, y el rescate de 107 individuos de los pueblos inmediatos que se hallaban en aquella fortificación en la clase de rehenes.

El cabecilla Guadalupe Hernández sufrió en el mes de Agosto un fuerte descalabro por el alférez D. Tiburcio González, de la compañía del comandante accidental de Ario en la provincia de Valladolid, D. José Ignacio de Olavarrieta. Catorce rebeldes muertos, seis prisioneros, entre ellos el referido cabecilla y su segundo Francisco López, 25 caballos ensillados y varias armas de chispa y corte, fueron el fruto de tan feliz combate.

El último choque de alguna importancia que se recuerda en este año fué el que sostuvo el teniente D. Francisco Novoa, dependiente de la división de Nueva Galicia, defendiendo en principios de Noviembre el punto de Santa Ana de Amatlan contra las gavillas de Montes de Oca y Guzmán, que habían reunido una numerosa chusma de 160 hombres. Aunque esta guarnición se componía de solos 70 soldados, desplegó, sin embargo, un valor tan firme y desesperado, que viendo los facciosos el poco fruto que iban á sacar de sus esfuerzos, se retiraron á los dos días de haber empeñado un vivo fuego y de haber intimado la rendición con el más imponente aparato de ridícula soberbia y vanidad. Quince facciosos muertos, incluso el cabecilla Trinidad Sánchez, segundo de Guerrero, y el capitán Corona, con un número proporcionado de heridos que se llevaron al retirarse, sin más pérdida

por parte de los realistas que la de 10 soldados, fueron los mejores testimonios del buen comportamiento y del feliz resultado de la lealtad y decisión de aquellos valientes.

En el mismo mes de Noviembre obtuvo el coronel don José Barradas por resultado de su penosa expedición sobre el Cuyusquihui la presentación de todos los rebeldes que se conservaban todavía por aquel fragoso territorio, la entrega de 200 fusiles, y la promesa de rendir también sus armas los que guarnecían el punto de Palo Gordo, como se verificó á los pocos días, quedando así sometido del todo aquel país que había sido constantemente el abrigo de los malvados.

El celoso virrey llegó á concebir las más lisonjeras y bien fundadas esperanzas de restablecer muy pronto en el reino de México el estado de tranquilidad y opulencia de que disfrutaba antes de aquella bárbara revolución. Desde principios de este año habían sido recibidos de casi todas las provincias los más satisfactorios despachos de sus respectivos comandantes, de hallarse totalmente pacificadas las que estaban confiadas á su mando. Sería arriesgado conceder á unos más elogios que á otros, puesto que todos desempeñaron sus deberes del modo más recomendable.

Se había conseguido sofocar enteramente la revolución y confinar los débiles restos de los obstinados Guerrero, Montes de Oca y Asensio al rumbo del Sur, en cuyas impenetrables madrigueras ocultaban su vergüenza, dispersándose cuando eran perseguidos por una fuerza mayor, y reuniéndose de nuevo para ejercer de tiempo en tiempo sus dilapidaciones y tropelías. Desde que el virrey Apodaca había tomado el mando de México se contaron hasta fines de este año más de 300 acciones sostenidas por sus valientes tropas, y no bajó de 30.000 el número de individuos acogidos al real indulto. Parece que no se necesitan mayores pruebas para venir en conocimiento de sus relevantes servicios, así como para graduar el

acierto de sus operaciones y el mérito de su fina política hasta dicha época.

Si se exceptúan, pues, algunas barrancas de Tierra Caliente, todo el resto del reino disfrutaba de la más perfecta tranquilidad, si bien se presentó á mediados de este mismo año un enemigo el más terrible que pudiera ofrecerse á la estabilidad del dominio del Rey. Fué éste la constitución transmitida desde la Península á las playas de México á fines de Mayo, y que apenas hubo llegado á Veracruz fué proclamada solemnemente por algunos genios discolos y bulliciosos sin esperar la necesaria orden del virrey. Este se vió asimismo precisado á dar ejecución al decreto de su jura, porque de no obedecer al Gobierno aunque ilegítimo establecido entonces en España, podían haber resultado males de mayor transcendencia; mas no se ocultaban á su exquisito juicio y sagaz previsión las desgracias en que podía envolver á todo aquel reino un sistema tan funesto que ofrecía á los conspiradores todos los medios de sazonar impunemente sus planes.

Veía con dolor que lejos de venir de la madre Patria el consuelo para cicatrizar las llagas de la sofocada rebelión, recibía la fatal Caja de Pandora, la que abierta en tan críticas circunstancias en que se mantenía todavía el reino estremecido con el terrible sacudimiento del encono de los partidos, iba á arrebatarle la gloria adquirida á costa de tantos sacrificios, y á sus valientes tropas el mérito de sus padecimientos y extraordinarios servicios.

El mal se presentaba con síntomas de la mayor gravedad, y era preciso, ya que no fuera posible cauterizarlo, usar á lo menos de todos los medios de energía y vigor para evitar sus progresos. Redoblando, pues, su vigilancia, consiguió sostener con lustre por todo este año y aun por una parte del siguiente el dominio de aquellos países en medio de las escenas acaloradas de los partidos, como consiguientes al abuso de la imprenta y á las reuniones populares para las elecciones de diputados á

## Cortes y de miembros de los Ayuntamientos y Diputaciones.

Brilló por lo tanto más que nunca en esta ocasión el celo de dicho virrey y de las demás autoridades y jefes para contener el desplome de otros males, que tal vez habrían quedado encubiertos sin la funesta adopción del nuevo sistema, y que desde este momento ya no estuvo en su mano aplicarles un remedio eficaz. Aunque habían triunfado las tropas realistas, habían tenido sin embargo considerables bajas, y no se presentaba la menor apariencia de que pudieran ser reemplazadas con fuerza europea, pues que el Gobierno llamado Constitucional, demasiado ocupado en calmar la efervescencia de las pasiones y en sofocar el pronunciamiento de la opinión á favor de los Reales derechos, no se hallaba en estado de hacer nuevas expediciones; ni parece era otra su voluntad con respecto á los establecimientos de Ultramar, sino la de entrar en transacciones, que creía podrían ser de recíproca conveniencia, sentada ya la base de la libertad general y de la igualdad absoluta entre americanos y españoles.

Estas mismas voces que los ocultos conspiradores tenían buen cuidado de extender por todo el virreinato de México; la relajación del freno popular; la brecha que aquel ominoso sistema había hecho en la disciplina militar, habiéndose concedido al soldado una importancia peligrosa, usándole miramientos y consideraciones que eran más bien signos de debilidad que la efusión de sentimientos liberales; la suspensión de licencias á muchos de estos mismos soldados que habían cumplido el tiempo de su alistamiento; el atraso de pagas en algunos cuerpos; la escasez de fondos, como resultado del trastorno general de aquellas provincias desde el año 1810, y del entorpecimiento de todos los ramos productivos; la necesaria subdivisión de tropas por compañías, destacamentos y aun piquetes, con la idea de tener guarnecido todo el país, de cuya providencia, si bien resultaba una conocida ventaja en poder sofocar al momento cualquiera partida insurgen-

te que se sublevase aun en los puntos más ocultos y despoblados, emanaba otro inconveniente, que era el desarreglo de los militares, viviendo separados de sus jefes, y la imposibilidad de que éstos sostuviesen la disciplina y cuidasen de su instrucción; el abuso que algunos jefes hicieron de la misma fuerza armada para sus especulaciones particulares, descuidando enteramente el servicio: todas estas razones reunidas debilitaban considerablemente los cimientos principales sobre que estaba fundada la conservación del dominio del Rey.

Los cuerpos armados del país eran numerosos, y aunque no tenían la instrucción y la actitud guerrera de los europeos, no dejaban de dar graves cuidados al gobierno. La administración de justicia había recibido con la constitución las más terribles trabas, la civil de los pueblos había sufrido una total alteración; y se principiaba á notar alguna decadencia en la Real hacienda, cuyo ramo había principiado ya á caminar á pasos agigantados hacia su antiguo lustre, habiendo tenido el conde de Venadito la dulce satisfacción de haber visto, aunque por breve tiempo, cultivadas de nuevo las tierras abandonadas por un efecto de la horrorosa revolución, y dedicados los facciosos indultados á sus anteriores tareas de industria, comercio y arriería, en términos que los convoyes de platas para la Real hacienda habían llegado á recorrer centenares de leguas sin escolta, del mismo modo que se practicaba en los tiempos tranquilos.

Los verdaderos realistas y los hombres sensatos atribuían el estado poco próspero que iban presentando los negocios al maléfico influjo de las ideas liberales, y se ocuparon por lo tanto en meditar los medios de cortar el naciente mal. Se dirigió todo su afán á derrocar la malhadada constitución, que preveían había de burlar tarde ó temprano la vigilancia, la política, el valor y el heroísmo de los fieles. Las primeras reuniones de los que más detestaban aquel sistema se celebraron en el convento de la Profesa, ó de San Felipe de Neri, de la ciudad de Méxi-

co, bajo la presidencia del europeo P. Monteagudo, propósito de dicho convento y canónigo de aquella catedral, y del americano doctor Tirado, ambos inquisidores y acérrimos enemigos de los liberales.

Desconfiando al principio de las mismas autoridades y aun de las tropas, entre las que si bien había muchos dignos sujetos prontos á sacrificarse por su soberano, no escaseaban los adictos á los principios liberales, no se atrevieron á confiar aquellos ocultos planes, en la duda de hallar oposición y resistencia aun en las personas que más hubieran acreditado su buena opinión, recelando de que la delicadeza en unos y la desconfianza en otros paralizase los impulsos de la verdadera fidelidad.

Parece, pues, que estas fueron las razones de no haber contado al principio con el virrey, con el general Liñán y con otros varios jefes civiles y militares que tenían bien probada su adhesión á la soberana autoridad del monarca español y su aversión al titulado sistema regenerador. Dichas juntas clandestinas de la Profesa se fueron haciendo numerosas gradualmente, habiendo sido admitidos en ellas muchos ilustres individuos del clero secular y regular, algunos hacendados y comerciantes, y sucesivamente varios empleados civiles y militares, aunque no de la primera jerarquía. Una porción de taimados americanos, que vestidos con la piel de oveja ocultaban toda la fiereza de sus designios, lograron introducirse en dichas juntas con la más refinada hipocresía, aparentando un fingido celo por el triunfo del Altar y del Trono, que estaba bien distante del verdadero objeto de sus planes.

Todos, al parecer, obraban en el mismo sentido; pero estos últimos tiraban diestramente sus líneas para lograr su apetecida independencia. Como conocían que las primeras autoridades, por su mayor previsión é inteligencia, habían de atravesar sus fementidos designios si se les daba entrada en aquellas reuniones, procuraron alejarlas de ellas, excitando en los individuos que de buena fe asistían á la Profesa una fundada desconfianza, y los

más injustos recelos acerca de la opinión de aquéllas. Esta especie de asociación antiliberal se fué extendiendo de tal modo, que llegó á ramificarse en la Puebla de los Angeles, bajo la dirección de su reverendo obispo, y en otros puntos.

Cuando ya hubieron sazonado su plan, y adquirido el necesario vigor para dar el golpe, trataron de nombrar un fiel y hábil ejecutor de sus deseos: después de haber pasado en revista todos los jefes militares emprendedores y de prestigio, se fijaron en el coronel D. Agustín Itúrbide, quien agregaba á su extremada osadía y arrojado valor unas exterioridades de religión y austeridad capaces de deslumbrar aun á los hombres menos virtuosos. La frecuente práctica del sacramento de la penitencia, su asidua asistencia á los templos de Dios, su diaria costumbre de rezar con su familia el santo rosario, y finalmente otras demostraciones de pura devoción y acendrado catolicismo, daban las más sólidas garantías de su recto desempeño para la citada comisión.

Convenidos, pues, en la elección de este jefe, era preciso inventar un medio plausible que lo pusiera en actividad; pero esta empresa se presentaba con todos los caracteres de impracticable. Se necesitaba hacer ver al virrey la utilidad é importancia de crear una comisión extraordinaria, y al mismo tiempo la conveniencia de confiarla al citado Itúrbide. Lo primero se logró fácilmente, porque el digno virrey abundaba en las mismas ideas, reducidas á enviar una respetable división de tropas contra las únicas gavillas insurgentes de Guerrero, que se abrigaban en el rumbo del Sur.

Era incomparablemente más difícil la segunda parte, á causa de hallarse Itúrbide en aquella época procesado por varias concusiones, extorsiones y tropelías cometidas en Guanajuato mientras que estuvo á la cabeza de aquella provincia, y probadas por el cura de Silao, D. Antonio Lavarrieta, paisano del mismo Itúrbide y antiguo amigo de su familia. Se le había permitido en el entretanto la

libre residencia en la capital, y se iba demorando su sentencia por los buenos oficios del regente de la Real Audiencia, Bataller, en consideración á los relevantes servicios que aquél había prestado á la causa de la Monarquía. A pesar de estos legítimos estorbos supieron los asociados de la Profesa influir indirectamente y del modo más astuto en el ánimo del virrey, á fin de que dicho Itúrbide fuera nombrado para la mencionada comisión (1), quedando sobreseída su causa.

Como la fama adquirida por Itúrbide durante las anteriores campañas hubiera resonado por todos los ángulos del virreinato de México, y como estuviese adornado de una gallarda presencia, del porte más fino y amable, de aventajadas luces naturales, de refinada política y demás cualidades capaces de aprisionar la voluntad del soldado, de granjearse el aprecio de los pueblos y aun de desarmar á los rebeldes, tal vez sin necesidad de recurrir á las armas, no fué difícil persuadir al virrey de que dicho jefe era el más á propósito para aquella empresa; y en su consecuencia se le habilitó con todos los medios necesarios para llevarla á cabo. Se presentan en esta época tres partidos, y todos creen lograr sus respectivos fines por los esfuerzos del citado Itúrbide.

El virrey trataba de destruir los únicos restos de la insurrección confinada en las barrancas de Tierra Caliente y de consolidar la autoridad real sin venir á un rompimiento con la Península, temeroso de que serían más funestas las consecuencias si negando la obediencia al Gobierno, aunque ilegítimo, de entonces, se constituía en

---

(1) Se creyó generalmente que el virrey Apodaca hubiera estado de acuerdo con los miembros de aquellas juntas, y era tanto más natural dar asenso á tales voces cuanto que dicho virrey tenía dadas irrefragables pruebas de su aversión al sistema constitucional desde que fué mandado de capitán general á la isla de Cuba en 1812; pero como el autor de la presente historia ha oído de su misma boca desmentir estos asertos, sería temeridad sostener una opinión rebatida por el vivo testimonio de quien por su elevado rango, probidad y acrisoladas virtudes tiene un derecho indisputable de ser creído por su palabra.

estado de emancipación y quedaba reducido á sus propios recursos.

Los antiliberales de la Profesa no consultaban sino sus deseos de ver derrocada la constitución y restablecido en su antiguo estado el esplendor del Altar y del Trono. Los independientes aspiraban á la absoluta separación de la Metrópoli; pero no tuvieron bastante fuerza para expresar sus ideas en el acto de extenderse el primer plan de operaciones, que fué entregado á Itúrbide bajo la sola base de abolir dicho sistema constitucional.

Para acabar de deslumbrar á los fieles realistas, pasó Itúrbide á hacer unos ejemplares ejercicios en el dicho convento de la Profesa, durante cuyo tiempo recibió de todos los asociados los más útiles consejos y enérgicas amonestaciones; mas si bien aparentaba este pérfido confidente un aire exterior edificante y una dócil conformidad con las instrucciones de sus maestros, tenía ya premeditado burlar á unos y á otros, y valerse de tan favorables elementos en su propio provecho.

La primera persona á la que confió Itúrbide el sigiloso plan de la Profesa, fué á una de las señoras principales de México, en la que la naturaleza había prodigado de tal modo sus favores, que parecía se había empeñado en formar un modelo de perfecciones. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, y el más interesante conjunto de gracias, competían con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz previsión, agudeza de talento, rara penetración y práctica de mundo. No es extraño, pues, que un ser adornado de tan seductores atractivos hubiera merecido toda la confianza de quien tenía bien acreditada su afición á quemar incienso ante los profanos altares del amor (1).

---

(1) Tenía ya dicha señora más de cincuenta años y conservaba tan fresca su belleza, que nadie que la haya conocido en aquel tiempo dirá

Esta nueva *Ninette L'Enclos* trató desde aquel momento de adquirir una celebridad en el templo revolucionario fomentando la ambición en quien estaba muy inclinado á seguir sus impulsos, y fortificando en él la idea de proclamar la independencia para vincular en sus manos el mando supremo. Quedó, pues, convenido entre ambos que se cometiera al licenciado Zozaya el encargo de reformar el plan de la Profesa en el sentido de la independencia; y como este letrado no supiese pedir prestadas á su dominante pasión por el juego las horas necesarias para este trabajo, se encargó de él el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros, quien formó el que luego fué conocido con el nombre de *Plan de Iguala*.

Los asociados de la Profesa, que ignoraban estos pérfidos amaños y artificiosos manejos, trabajaban incautamente por proporcionar á Itúrbide, para destruir la constitución, los medios que luego sirvieron para asegurar el triunfo de la rebeldía. Había salido D. Antonio Terán de México para Guadalajara á ponerse de acuerdo con los generales Cruz y Negrete, á fin de que los planes del héroe americano no sufrieran por este lado el menor tropiezo. Como era necesario investir en dicho Itúrbide extraordinarias facultades, se le confirió la comandancia general de las provincias del Sur por enfermedad de su propietario Armijo; y le fué asimismo encargada la conducción á Acapulco de 700.000 pesos pertenecientes á los manilos, con el objeto encubierto de que echara mano de ellos para sus primeros movimientos.

Los realistas de la Profesa querían que Itúrbide derrotara á Guerrero y que se proclamara en seguida cabeza del partido antiliberal, formando un centro de unión para todos los que profesasen aquellas ideas, y proceder, después de haber adquirido fuerzas respetables, contra la capital, en el caso que ésta se negase á reconocer la le-

---

que hay exageración en el cuadro que acabamos de trazar: bastará éste por sí solo para no equivocarse en su designación, aunque por decencia se suprime su nombre.

gitimidad de aquella reacción. Los antiespañoles, por el contrario, deseaban que su campeón se uniera con Guerrero, y con todas las partidas insurgentes, para dar el grito de independencia; en esto último convenía aquel ingrato, si bien le parecía conducente á sus fines principiar por la derrota del citado caudillo, á fin de cautivar mejor su voluntad y ejercer sobre él libremente aquel predominio, que temía pudiera serle disputado por quien contaba mayores timbres y blasones en la carrera que él iba á abrazar. Empero no habiéndole surtido buen efecto sus maniobras hostiles, y convencido de lo difícil que había de ser domar aquel esforzado insurgente, varió de conducta, y se dirigió á conquistarlo con la dulzura y con la invocación del nombre de libertad é independencia, entablado con él las relaciones de amistad y unión, de las que se tratará en la historia del año 1821, á la que pertenecen.